

**LOS NEGROS, LOS FRANCESES Y LA INVENCION  
DE LA NACION HISPANA. LA OBRA DE ANTONIO SÁNCHEZ  
VALVERDE Y SU IMPACTO EN LA HISTORIO-  
GRAFÍA (Y LA REALIDAD) DOMINICANA**

*Rudolf Widmer\**

Los pueblos construyen su identidad mirándose en el espejo del otro.<sup>1</sup> La creación del otro, de su imagen, delimita la sociedad, crea modelos a seguir, enemigos a odiar y monstruos a temer. Los criterios de demarcación pueden ser geográficos o sociales: el otro es el vecino, el inmigrante o el pobre. Sociedades urbanas pueden mirarse en el espejo del campesino, sociedades agrícolas en el del ganadero. La selección del otro y su definición obedecen a criterios muy variados pero nunca fortuitos.

En sociedades clasistas – y hasta el momento, los hombres no hemos sabido superar esta forma primaria y a largo plazo suicida de organizarnos - los grupos dominantes construyen espantapájaros e iconos para dar consistencia ideológica a su régimen, legitimar el orden existente y dividir a las mayorías. Una de las tareas más apremiantes de la historiografía consiste en desmitificar la galería de los espejos y enseñar a las mayorías a ver a

---

\* Historiador suizo. Especialista en el siglo XVIII de Santo Domingo. Conferencista. Profesor invitado del Instituto Filosófico Pedro F. Bonó.

1 El presente trabajo se inspira en el análisis de los espejos de la historia europea por Fontana (2000).

los (supuestos) otros y a sí mismos como hermanos en una lucha común por un futuro mejor para todos.

Proponemos aquí el estudio del sistema de espejos en que se miraban las clases dominantes de la colonia española de Santo Domingo - los grupos que, como grandes propietarios de reales y de derechos sobre tierras, ganado y esclavos, sacaban más beneficio de la organización social vigente – a fines del siglo XVIII. Para eso analizaremos primero la principal síntesis de la cosmovisión de estos grupos que es la memoria *Idea del valor de la isla española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía* de Antonio Sánchez Valverde (1785).

No nos vamos a quedar, sin embargo, a ese nivel primario de análisis de datos históricos. El interés de los espejos del francés y del negro (mediante los cuales el clérigo criollo esbozó una cierta imagen del colono hispano) va mucho más allá de la curiosidad académica. En la segunda parte de nuestro trabajo, demostraremos que la imagen sanchezvalverdeana del hispano sigue informando hasta la actualidad el discurso histórico sobre la colonia y, en la medida en que se da por sentada la continuidad entre ésta y la República, sobre los fundamentos del estado dominicano. Entender la obra de Sánchez Valverde significa, desde entonces, desmitificar este estado y, una vez que la historiografía haitiana se atreva a cuestionar sus propios mitos fundacionales, abrir a los hombres que viven a principios del siglo XXI en esta isla de Haití, la posibilidad de reinventar su futuro.<sup>2</sup>

### **La sociedad criolla a fines del siglo XVIII**

Los orígenes de la sociedad colonial de Santo Domingo remontan a fines del siglo XV, cuando los hombres de Cristóbal Colón se apropiaban de las tierras de Haití y las convertían en una gran fábrica de azúcar: primero, con el sudor de los pueblos aborígenes y, muy pronto, con la sangre de decenas de miles de africanos llevados por la fuerza. El ciclo dorado de ese primer triunfo del despotismo occidental en suelo americano era de corta duración.

---

2 Respecto a los mitos de la historiografía haitiana, remitimos a las reflexiones de Jean Casimir (s.f.)

A partir de 1540, cuando las conquistas de México, Perú y Tierra Firme abrieron nuevas perspectivas a los capitales azucareros creados en la ahora Isla Española, estos emigraron rápidamente. Sobre las ruinas de la economía de plantación se construía y se consolidaba, desde entonces, una sociedad colonial en que un creciente grupo de campesinos, descendientes de cimarrones, esclavos manumitidos e inmigrantes pobres, tenía en jaque a un reducido número de ganaderos sin mercado y funcionarios sin sueldo.

Hacia 1740, esos equilibrios empezaron a desvanecerse. La creciente rivalidad entre las potencias coloniales que se manifestaba en prolongadas guerras navales en el Caribe y el rápido desarrollo de una colonia azucarera francesa en la parte occidental de la isla abandonada por los españoles a principios del siglo XVII crearon un entorno favorable a la exportación de ganado, tabaco y maderas preciosas y, por tanto, a la producción de excedentes. Los hombres de negocio cercanos a la Audiencia y los grandes *hateros* (ganaderos) que dirigían los Ayuntamientos de las villas del interior percibían las nuevas oportunidades de enriquecerse. Con tal de hacerse de tierras y de mano de obra adicionales necesarias para el aumento de la producción, pasaron a la ofensiva contra el campesinado. Éste sucumbía en los alrededores de la capital. Sin embargo, los desposeídos no se ponían al servicio de sus victimarios, como estos esperaban. Unos huían a los inmensos montes del interior de la isla donde reproducían modelos de subsistencia que priorizaban la autosuficiencia.<sup>3</sup>

Otros engrosaban las filas de los mendigos y jornaleros ocasionales que sobrevivían al margen de la sociedad urbana en condiciones económicas sumamente frágiles.<sup>4</sup> Ante la imposibilidad de crear internamente mano de obra, las clases dirigentes de la colonia se veían forzadas a producir con esclavos: esclavos que adquirirían mediante el corso o a través de los intercambios con la vecina colonia francesa de Saint-Domingue.

---

3 González (2004)

4 Sánchez Valverde (1988), 250.

El afán de lucro traía así una doble dependencia de los grandes propietarios de Santo Domingo para con los *habitants* franceses: éstos eran los principales compradores de sus excedentes de ganado y tabaco, y les suministraban por contrapartida una parte importante de la mano de obra que trabajaba en sus labranzas y sus hatos. Esta dependencia era cómoda, ya que no exigía mayor espíritu innovativo: permitía reproducir al infinito hábitos ancestrales. Sin embargo, no todos se contentaban con ese estado de las cosas.

Para muchos, la vecina colonia se convirtió en un reto, un espejo en que reconocían un futuro posible para su propio territorio. En 1785, un clérigo ilustrado, Antonio Sánchez Valverde, plasmó estas inquietudes en el proyecto de una colonia de plantaciones esclavistas cuyo esplendor pronto igualaría y hasta superaría al de los franceses. La colonia española era, así decía en su memoria, “un tesoro escondido en las entrañas de la tierra, que necesita una llave para abrirla y aprovecharse de él”.

Esta llave la constituían “las manos”, “los negros”.<sup>5</sup> Había que fomentar la importación masiva de africanos y había que asegurar que éstos no escaparan de su condición de mano de obra obligada. En este sentido solicitaba a la corona la adaptación de la legislación vigente, pidiendo que se facilitara la trata hacia Santo Domingo y se dificultara la manumisión.<sup>6</sup> Obtener una respuesta positiva a esas demandas por parte de Madrid debía de ser el principal objetivo del texto.

Sánchez Valverde escribía con pleno conocimiento de causa.<sup>7</sup> Hijo de un agrimensor que, como tal, se había hecho de títulos de propiedad sobre tierras, Antonio estudió primero teología con los jesuitas y luego derecho con los dominicos. Como sacristán mayor de la parroquia rural de Bayaguana, primero, y abogado y racionero de la catedral de Santo Domingo, después, alternaba con diferentes grupos de la sociedad hispana: las autoridades

5 Sánchez Valverde (1988), 248.

6 Sánchez Valverde (1988), 253-60.

7 Véanse la introducción de Fray Cipriano de Utrera a la edición de los ensayos de Sánchez Valverde (1988), 9-44, Rossi (1944), 45-63, y Cassá (2000), 14-25, para la biografía del clérigo.

coloniales y los hacendados y hombres de negocio del ayuntamiento de la capital, por supuesto, pero también los hateros del interior y los monteros, esos vaqueros “que viven de penetrar lo más retirado (del monte) para encontrar la caza”.<sup>8</sup> Talentado y ansioso por ascender los peldaños de la jerarquía eclesiástica, el clérigo manejaba perfectamente los cronistas castellanos de la conquista y la literatura colonial francesa del momento.

Hay que insistir en eso último. *L’Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, del Abbé Raynal, salió en 1770 ; y *Reflexions historiques et politiques sur le commerce de la France avec ses colonies de l’Amérique*, de D. J. Weuves, un autor que era por su parte sumamente actualizado, fue publicado tan sólo cinco años antes de la *Idea del valor de la isla Española*.<sup>9</sup> Sánchez Valverde era así un hombre bien informado, que se sabía la teoría y la práctica de la agricultura colonial y que conocía las inquietudes y las aspiraciones de las clases dirigentes de la capital y del interior, de primera mano.

### La imagen del francés y la fidelidad imperial

El proyecto de Sánchez Valverde representa la forma racionalizada y sistematizada de los anhelos de los grandes propietarios de la colonia española: “los regidores, ... los capitanes, ... los canónigos y eclesiásticos que tienen ingenios o cacahuales” que solía frecuentar.<sup>10</sup> El modelo respondía a necesidades locales, pero se concebía principalmente como tributo a la gloria de la corona española. La colonia de Santo Domingo es tan sólo “la patria” del autor, un término que se usa como sinónimo de “terreno” y que tiene por tanto una connotación menos política que geográfica y afectiva.<sup>11</sup> Sánchez Valverde piensa más allá, en categorías imperiales.

8 Sánchez Valverde (1988), 49. Familiares de Sánchez Valverde siguen explotando hatos a fines del siglo XVIII. Dorvo Soulastre, que recorre el territorio de Santo Domingo por órdenes de París, conoce en 1798 “la hacienda Valverde, perteneciente a un sobrino del autor de este nombre” en los términos de Cotuí. Soulastre (1955), 81.

9 Véase Rossi (1994), 86-92, con respecto a las fuentes de la obra.

10 Sánchez Valverde (1988), 242.

11 Sánchez Valverde (1988), 47 (*patria*). 48 (*terreno*).

Los términos “nación”, “imperio”, “estado” y “cuerpo” son, en su concepción del mundo, sinónimos. El imperio español constituye “una nación que se extiende no sólo por diferentes países y climas, dentro de un continente, sino por dilatadísimos reinos e islas a centenares de leguas ultramar”.<sup>12</sup>

En la cúspide del imperio se sitúa “el señor de la nación, que sabe dirigir cada una de las partes con proporción arreglada a la conservación y aumento de todo el cuerpo”. Si, por acaso, surgieran contradicciones en el seno del imperio –señala- los territorios tendrían que sacrificar sus intereses particulares (que no son más que “pasiones”) sobre el altar de la “felicidad” de ese objetivo supremo que es la prosperidad del “estado” imperial.<sup>13</sup>

A lo largo de la obra, Sánchez Valverde distingue entre el hispano y el otro.<sup>14</sup> Españoles son todos: los que nacieron en la península tanto como los que nacieron en la isla. Los otros son o “extranjeros” (franceses e ingleses) o “salvajes” (negros e indios).<sup>15</sup> No importa el lugar de nacimiento sino la herencia, la sangre. En eso, Sánchez Valverde se distingue claramente de otros naturalistas e historiadores de la época. Muy significativo al respecto resulta el manejo de una cita de la *Histoire de l'Isle Espagnole de Pierre-François Charlevoix* (Paris, 1730).

Rebatiendo las teorías sobre el clima malsano de la colonia, muy en boga en la época, el francés había escrito: “En los principios no se veía persona que llegase a ser muy vieja (en la isla) y aun ahora es cosa muy rara en aquellos que son nativos de Francia. Pero los criollos a proporción que se alejan de su origen europeo, se hacen más sanos, más fuertes y viven más largo tiempo.

El aire no tiene allí... alguna calidad nociva que obre este efecto, y sólo es menester naturalizarse con el clima.” Sánchez Valverde, por su parte, supone que la clave de la longevidad en el

12 Sánchez Valverde (1988), 48.

13 Sánchez Valverde (1988), 50.

14 Sánchez Valverde (1988), 50.

15 Sánchez Valverde (1988), 199. 239.

clima tropical no es la duración de la estadía sino el origen de la persona, la sangre: “Es constante que su delicadeza nacional (la de los franceses) les hace menos a propósito para aquel clima; no digo que los criollos, pero aún más que los españoles europeos”.<sup>16</sup> En otra parte para los ataques contra la supuesta proclividad del español al mestizaje señalando que “en España (sic) hay sangre tan pura como en cualquier otro reino... Los Americanos, que han descendido de estas casas (españolas), han procurado conservar su pureza en Indias más que los Franceses”.<sup>17</sup>

La línea de demarcación no es entre hemisferios (como pretenden ciertos historiadores del siglo XX que ven en Sánchez Valverde el *intelectual del criollismo*) sino entre imperios.<sup>18</sup> El clérigo destaca el potencial económico de la isla y las calidades de sus pobladores no para pedir autonomía sino para solicitar una mejor integración de la “patria” criolla en la “nación” española.

Sánchez Valverde construye el espejo del francés. El autor reconoce en principio que los franceses son una nación “benemérita y cultísima”; sin embargo, y aquí radica su principal defecto, son arrastrados por “la envidia”.<sup>19</sup> Esta envidia contrasta con la “tolerancia” de los españoles. El francés procede con “perfidia” en la persecución de sus objetivos, mientras el español se vale de la “intrepidez” para defender sus derechos.<sup>20</sup> Desde esta perspectiva, la historia de la isla es el resultado del encuentro de esos dos caracteres nacionales: la envidia de los franceses y la tolerancia de los españoles.<sup>21</sup> En otras partes, la memoria explica cómo la idiosincrasia del francés se manifiesta en la vida cotidiana de Saint-Domingue.

El colono francés es, según eso, un hombre a quien la delicadez connatural y el carácter refinado de su cultura, su gusto por “los excesos”, llevan a vivir despreocupadamente. Sólo procura divertirse al máximo, recibir visitas, “concurrir a la Comedia en la

16 Sánchez Valverde (1988), 242. Sánchez Valverde (1988), 242.

17 Sánchez Valverde (1988), 245-46.

18 Véase infra, *La imagen de la sociedad criolla y el nacimiento de la nación*.

19 Sánchez Valverde (1988), 51.

20 Sánchez Valverde (1988), 194-95.

21 Sánchez Valverde (1988), 195.

población de su distrito” y organizar tertulias “sin entretenerse, ni pisar sino es tal vez por diversión, los plantíos y trabajos”.<sup>22</sup> La riqueza de Saint-Domingue no es el resultado de la aplicación al trabajo de los colonos sino de su genio organizativo y de la fuerza animal de 350,000 negros.<sup>23</sup>

El francés de la memoria es el “hacendado o habitante (que) vive en su cafetería, indigotería, etc. como un señor en una casa magnífica”. Sánchez Valverde alude brevemente a “los mayores y sobrestantes franceses” que comparten con sus patronos el gusto por “el lujo, la gula y otros vicios”, pero hace caso omiso de los *petits blancs* pobres de las ciudades.<sup>24</sup>

No le interesa analizar la sociedad colonial de Saint-Domingue sino construir una determinada imagen del otro: la caricatura de un hombre delicado y vicioso. Para eso retoma, como sus contrincantes franceses, elementos de los estereotipos *nacionales* que habían surgido en el viejo continente desde el siglo XIV y que los colonos habían adaptado a partir del siglo XVII al contexto particular de la isla Española.

Al caricaturizar los grandes blancos de Saint-Domingue, Sánchez Valverde sale al encuentro de las afirmaciones con que los intelectuales del colonialismo francés habían vilipendiado a sus competidores hispanos y les hace mirarse en su propio espejo. En la medida en que el clérigo escribe “en la defensa, así de los españoles criollos o indispanos, como de los europeos contra los vicios de sangre, holgazanería y defecto de sagacidad con que quiere envilecerles el extranjero”, la obra tiene un tono fuertemente apologético.<sup>25</sup>

En la lógica del proyecto, la deformación de los vecinos realza, de modo indirecto, la sólida lealtad de los habitantes de Santo Domingo para con la corona y el imperio. No cabe duda que los golillas de la corte a quienes se dirigía estaban complacidos con esta evocación de la cohesión del imperio. Ahora bien, cabe la

22 Sánchez Valverde (1988), 241.

23 Sánchez Valverde (1988), 257.

24 Sánchez Valverde (1988), 244.

25 Sánchez Valverde (1988), 50.

pregunta si la afirmación de la hispanidad de los colonos era algo más que una simple *captatio benevolentiae*.

El comercio había creado fuertes lazos económicos entre Santo Domingo y otras colonias del Caribe, y muy particularmente Saint-Domingue. Los vínculos con la metrópoli, en cambio, eran de poca monta. “El erario no ha hecho más esfuerzos considerables que continuar la remesa del situado... ni enviado más población que algunas familias miserables de las Islas de las Canarias”, sintetiza Sánchez Valverde los agravios de los suyos.<sup>26</sup> La presencia de Madrid en la colonia se manifestaba sobre todo en la tributación a que sujetaba el comercio intercolonial.

En la medida en que los impuestos mermaban sus beneficios, los grandes colonos debían de cuestionar la utilidad de los lazos con la metrópoli. Conscientes de su debilidad interna y externa no podían plantearse la independencia pero, como demostraría la historia muy pronto, sí la adhesión a la próspera colonia francesa. El proyecto de Sánchez Valverde puede entenderse desde entonces como un grito de alarma: una advertencia de las clases dominantes de la colonia a Madrid de que si no respondía a sus aspiraciones, la cohesión del imperio corría peligro.

### **La imagen del negro y la utopía esclavista**

El francés es un rival cuya grandeza humana no se ignora. El indio y el negro, en cambio, son salvajes, seres torpes y zonzos. Al francés se le combate, pero a los indios y los negros se les usa, y cuando eso resulta impracticable por su incapacidad de adaptarse al progreso, se les elimina, o, según la visión de Sánchez Valverde, se les deja perecer. En el contexto antillano del siglo XVIII, el indio no tiene mayor interés. Los taínos, los indios reales que significativamente nunca se llaman por su nombre, habían sido aniquilados en los albores de la conquista.

Por otra parte, en una sociedad colonial que pensaba en categorías imperiales y desconocía veleidades separatistas no hacía falta construir un indio mítico como supuesta segunda raíz étnica

<sup>26</sup> Sánchez Valverde (1988), 203.

de la población local. El autor evoca ciertamente la tradición del buen salvaje que vive indolente en un paraíso terrestre, pero sólo para subrayar el potencial económico de la isla. “Sus primeros habitantes, señala, vivieron naturalmente felices en crecido número con sólo los desperdicios, digámoslo así, de esta benéfica madre”.<sup>27</sup>

En otro momento, Sánchez Valverde tiende el espejo del indio indolente al español para exaltar su laboriosidad y, de paso, contrarrestar las acusaciones de genocidio lanzadas contra el imperio: “De nuestro comercio y aplicación al trabajo, que jamás habían sentido sus cuerpos, se les originaron, como es naturalmente indispensable, otros varios accidentes que les acababan sin culpa alguna de los conquistadores”.<sup>28</sup> Cabe recordar quizás que en ese momento, la legitimidad de la conquista española estaba puesta en entredicho.

En las negociaciones hispano-francesas sobre el futuro político de la Española que concluirían en 1777 con el Tratado de Aranjuez, el embajador de la corte de Versalles alegaba que los españoles habían arrebatado la isla a sus primeros habitantes violentando de esta manera el derecho internacional. La colonia francesa empero se había originado, según eso, en la ocupación de espacios deshabitados.<sup>29</sup> Al descalificar a los indios como salvajes, Sánchez Valverde desmonta la argumentación francesa y reafirma la legitimidad del imperio español.

El negro, por su parte, es la llave de acceso a las riquezas de la isla: “Sólo los que han nacido entre los Trópicos pueden soportar el ardor excesivo del sol bajo de sus grados”; Sánchez Valverde cita a D. J. Weuves.<sup>30</sup> A pesar de su importancia fundamental para la economía colonial (o más bien a causa de ella) el negro no deja nunca de ser otro de esos “animales tan irreales como el unicornio o las sirenas”, inventados por los europeos a partir del siglo XVII.<sup>31</sup> “Negro” y “esclavo” son sinónimos y en ningún momento el

27 Sánchez Valverde (1988), 153.

28 Sánchez Valverde (1988), 169. 291.

29 Esteban Deive (1984), 22.

30 Sánchez Valverde (1988), 248.

31 Fontana (2000), 127.

autor procede a especificar etnias y pueblos. En la sociedad colonial, el esclavo ha sido privado de su historia y se ha constituido en una etnia nueva: ¿o habría que hablar de una especie nueva, una especie que se sitúa entre el animal y el hombre?

En los inventarios de las testamentarias coloniales, el negro figura entre el ganado y otros bienes muebles; en la obra de Sánchez Valverde, se le menciona junto con el bacallao y la ballena como objeto de tratados comerciales entre los imperios.<sup>32</sup> Con tal de ser útil al hombre, es decir al colono, necesita “alimentos sanos y correspondientes” además de un descanso mínimo y, en caso de enfermedad, de medicinas.<sup>33</sup> En resumidas cuentas, el negro es un insumo económico, una inversión, una especie de recurso humano antes de tiempo.

El negro funciona mejor que el blanco en el clima tropical. Sin embargo, para que se convierta en esa llave que da acceso a las riquezas del país, hace falta la coacción. De otra manera, los negros no son más que “ladrones, prostitutas y fautores de los vicios”. Las mujeres son de índole sensual y si se les suelta la rienda se convierten en putas; los hombres por su parte desconocen valores como la honradez y cuando se les presenta la oportunidad roban a quien sea.<sup>34</sup>

El negro es un salvaje vicioso que hay que domar, pero no es un estúpido. Cuando aspira a la manumisión procede con sistema. “Nuestros esclavos aplicados y que no son dados a vicios juntan en pocos años 250 o 300 duros con que libertarse o libertar a sus mujeres, que es lo que suelen hacer primero para que sus hijos nazcan libres. Muchos de ellos dilatan la libertad de su propia cabeza y se ocupan en solicitar la de sus hijos, por no perder las proporciones que les da la misma esclavitud de ganar dinero”.<sup>35</sup>

Sánchez Valverde percibe también algo que se podría llamar la solidaridad de los malvados cuando habla de “las ocultaciones

32 Sánchez Valverde (1988), 258.

33 Sánchez Valverde (1988), 292.

34 Sánchez Valverde (1988), 250.253-54.

35 Sánchez Valverde (1988), 256.

que (los negros) hacen en sus chozas de los otros esclavos, que roban a sus amos, hacen fuga o buscan asilo para sus sensualidades". En el caso extremo, esa solidaridad se traduce en la fundación de manieles como el de "los negros fugitivos acantonados en las montañas de Baoruco". Por suerte, asegura, la colonia dispone de las fuerzas necesarias para controlar la situación.<sup>36</sup>

La imagen del salvaje comporta todavía un segundo elemento: la supuesta incapacidad de éste de pensar en categorías no materiales. Sánchez Valverde alude a este aspecto de la inferioridad en una nota de pie de página en que compara el nivel de vida del esclavo colonial con el del jornalero europeo.

"Yo tengo hecho a mil jornaleros libres de la Europa la proposición de ¿si les sería útil encontrar en sus lugares, o fuera de ellos, un sujeto que se obligase a darles casa, ropa suficiente a cubrirse, según el tiempo, los alimentos necesarios para ellos, sus hijos y mujeres, médico, medicina y asistencias en las enfermedades, sólo por trabajar a beneficio del contribuyente ocho horas en los días de labor, quedándoles los demás y el resto de aquellos para ganar con qué hacer algunas cosas más de las que debe darles aquél? Todos los casados me han dado unánimes la respuesta, no sólo de que abrazarían el partido, sino de que sería una felicidad para ellos y sus familias."<sup>37</sup>

Las mayorías pobres, no propietarias, afirma el clérigo, aspiran solamente a un nivel de vida decente. Sobre el altar de la comodidad sacrifican hasta la libertad. Si este es el caso de los europeos, así sugiere el pasaje, ¡cuánto más debe de ser el de los negros! La supuesta naturaleza indolente del negro sustenta la demanda de los propietarios coloniales de que Madrid reglamentara la manumisión y limitara el número de las fiestas religiosas obligatorias para todos.<sup>38</sup> Quizás con tal de disipar el recuerdo de las sublevaciones negras del siglo XVI y las noticias sobre los manieles del siglo XVIII, bien documentados en los archivos españoles, el autor enfatiza el carácter animal del negro: ¡si se le da comida, se queda quieto!

36 Sánchez Valverde (1988), 218. 250.

37 Sánchez Valverde (1988), 255-256.

38 Sánchez Valverde (1988), 249.

Al que sabe leer, la misma obra da los elementos necesarios para la desmitificación de la falacia. Puede ser que Sánchez Valverde creyera realmente que la libertad no significaba nada para las mayorías de ambos mundos y que cuando se refería a la esclavitud como “un gravamen” o “un yugo” enfocara el fenómeno desde la perspectiva de las élites.

En este caso, empero, el enorme esfuerzo que el esclavo hacía por comprar la libertad tendría que explicarse forzosamente por el anhelo de una vida mejor. ¿Cómo hacer encajar esta posible interpretación con la afirmación del buen nivel de vida del esclavo en la colonia española? ¿Sería que el negro era insaciable y no realizaba que vivía en el mejor de los países posibles? Podríamos continuar estas conjeturas hasta el infinito.

La multiplicidad de los objetivos del discurso determina la construcción de diferentes discursos e imágenes que finalmente resultan contradictorias. De todas formas, queda la sospecha de que Sánchez Valverde, y los grandes colonos a quienes prestaba su pluma, sabían que la imagen del salvaje que construían tenía poco que ver con los negros reales que explotaban en sus propiedades.

### **La sociedad criolla en los espejos del francés y del negro**

Sánchez Valverde afirma el carácter español de Santo Domingo y, al tender al lector los espejos del francés y del salvaje, canta las supuestas virtudes del hispano. Según eso, el español se distingue por su aplicación. Este amor al trabajo se presenta en algunas partes como la quintaesencia de la idiosincrasia hispana. Así se nos dice que los conquistadores reemplazaron la cultura del ocio de los indios por su “aplicación al trabajo”.<sup>39</sup> Al referirse a sus contemporáneos, sin embargo, el clérigo deja entrever que la supuesta laboriosidad del hispano se explica menos en términos de virtudes que como necesidad dictada por las circunstancias socioeconómicas.

---

39 Sánchez Valverde (1988), 153-154. 169.

Los campesinos modestos se ven obligados a trabajar a la par de los dos o tres negros que poseen, “porque de otra suerte no podrían mantenerse”. Los grandes propietarios, por su parte, no pueden encargar la administración de sus bienes a un ecónomo o mayordomo, como lo hacen los franceses: debido al escaso rendimiento, “es imposible que encuentren personas (ni de la vigilancia y desempeño que es menester ni de toda la fidelidad que corresponde”) para esos cargos.<sup>40</sup>

El tema de la ética de trabajo del hispano en la Idea del valor de la isla Española es complejo. Comparando a sus paisanos con los franceses, Sánchez Valverde sentencia que los criollos, “cuando naturalizados con el calor de su zona y frugalísimos, son infatigables en las más duras tareas.” Poco antes, sin embargo, había escrito que los negros “son los únicos sujetos a propósito para el cultivo de la zona tórrida.”<sup>41</sup> Si los criollos son aptos para trabajar en el medio isleño, no se explica la insistencia en la importación de africanos como mano de obra imprescindible. ¿Por qué la memoria no se interesa más en el fomento de la inmigración canaria a que alude en más de una ocasión?<sup>42</sup>

La incoherencia del discurso se disuelve si recordamos la convicción de los ilustrados de que “el azúcar sería demasiado caro, si no se hiciese trabajar la planta que lo produce por medio de esclavos”.<sup>43</sup> En otros términos: la mano de obra esclava es más barata que el trabajador contratado. Sin el trabajo forzado de los africanos, el precio del azúcar sería exorbitante y se desvanecerían los mercados.

Al contemplarse en los espejos contruídos por Sánchez Valverde, el español se descubre no sólo trabajador sino también cristiano ejemplar. En el trato con los franceses hace lucir su tolerancia; al negro lo maneja con blandura. Queremos insistir aquí en el segundo punto. La Idea del valor de la isla Española destaca no sólo las virtudes individuales del español sino también la

40 Sánchez Valverde (1988), 242-243.

41 Sánchez Valverde (1988), 257.

42 Sánchez Valverde (1988), 203.211.

43 Montesquieu (WEB), 44.

bondad de la sociedad en que éstas se manifiestan. Hacia fines del siglo XVIII, se multiplican en el viejo continente las voces que cuestionan el sistema negrero.

Al reconocer la amenaza, los esclavistas americanos preparaban la defensa. En la obra de Sánchez Valverde, la aparente despreocupación de cara al negro contrasta significativamente con la alarma ante la creciente fuerza del abolicionismo: ¡Había que rebatir los abolicionistas y había que impedir que sus ideas cundieran también en la corte de Madrid! Con este fin, Sánchez Valverde enfatiza las supuestas bondades del sistema esclavista tal como funcionaba, según él, en Santo Domingo. La defensa de la esclavitud combina elementos humanistas, el buen trato del esclavo por parte del colono español, con la vieja argumentación religiosa del clero hispano.

Los amos “recompensan el gravamen natural de la libertad perdida con la ilustración de la Fe Católica y la adopción al Reino eterno”. La esclavitud es, según eso, el precio que los negros pagan para alcanzar la vida eterna. Este razonamiento, obviamente, sólo tiene sentido en el contexto hispano donde las leyes obligan a bautizar y catequizar a los esclavos. De por sí, continúa Sánchez Valverde, en la medida en que la monarquía se caracteriza por su “humanidad” y su “religión”, y el amo “templa” el “yugo” con su “blandura”, la esclavitud en el imperio español es un fenómeno muy particular.<sup>44</sup>

Sobre estas premisas se construye la imagen de una sociedad colonial bastante homogénea, por no decir igualitaria, en que el dueño del cacahuatal “va con los negros a coger las mazorcas o vainas, ha de asistir cuando las granan, entrojan, etc. porque, aunque tenga un mayordomo como hay que ocurrir a diferentes cosas en el campo y en la casa es preciso que el amo se sacrifique, partiendo con este las tareas”.<sup>45</sup> Sobra, pensamos, recalcar la grave contradicción entre este discurso legitimador de la esclavitud supuestamente humanitaria de Santo Domingo y el proyecto esclavista diseñado en la memoria.

---

44 Sánchez Valverde (1988), 258.

45 Sánchez Valverde (1988), 243-244.

## El imaginario sanchezvalverdeano y el colonialismo español del siglo XIX

El proyecto esbozado en la memoria, la *utopía esclavista* de los grandes colonos, nunca se concretizó, y la escasez de mano de obra seguía siendo uno de los grandes obstáculos al enriquecimiento en el territorio de Santo Domingo. Cuando los negros de la llanura del norte de Saint-Domingue se levantaron contra sus amos franceses (el día 14 de agosto de 1791) las flaquezas del sistema colonial y de las imágenes que lo sustentaban se patentizaban también en Santo Domingo. El negro dejó de ser el salvaje domado del siglo XVIII para convertirse en el ogro, y las coordenadas políticas se flexibilizaron.

Asustados, los grandes propietarios se olvidaron de sus sueltas raíces hispanas y negociaron la reconversión del antiguo régimen con quien les ofreciera mejores garantías para sus empresas. Necesitaban un estado fuerte: capaz de tener en jaque a unas mayorías cada vez más belicosas, capaz también de surtirles de trabajadores y de abrir mercados. En 1801, entregaron el territorio al caudillo negro Toussaint-Louverture, al año siguiente acogieron la expedición francesa que venía con la misión de restaurar la colonia esclavista.

A nuevas tentativas de alianza con los sucesores de Toussaint (que habían proclamado en 1804 la República de Haití) siguió una breve administración napoleónica.<sup>46</sup> En 1807-1808, los hateros y sus aliados sacaron a los franceses del territorio, valiéndose para eso de la armada inglesa. A un período que podemos considerar como de autogobierno *de facto* siguió en 1811, con la llegada de un nuevo gobernador enviado por la metropoli, el restablecimiento formal de la colonia.

---

46 El proyecto esbozado en la Idea del valor de la Isla Española nunca se realizó, pero es muy probable que la información sobre los recursos naturales y humanos de Santo Domingo que proporcionaba eran ampliamente utilizados por la administración francesa en el diseño de sus políticas. Los naturalistas y militares (que reconocían el territorio por órdenes de París a fines del siglo XVIII) manejan la obra de Sánchez Valverde y en un momento determinado, antes de 1802, se publica incluso una traducción de la misma al francés en Saint-Domingue. Véase Sánchez Valverde (1988), 41.

Ante el reto de afianzar los vínculos entre la metrópoli y la colonia, los gobernadores José Masot (1811-13) y Carlos de Urrutia y Matos (1813-17) se acordaron de la obra de Sánchez Valverde. El clérigo había escrito para la corte de Madrid, pero la Idea del valor de la isla Española podía leerse también desde una perspectiva criolla. En esta lectura, el espejo del francés funcionaba como un llamado al subconsciente hispano, una exhortación a anteponer el orgullo de raza a todo oportunismo económico. La primera publicación de la memoria en la muy oficial Imprenta Nacional de Santo Domingo, en 1813, se debía no al interés de los militares metropolitanos por la historia de la colonia sino a cálculos políticos.

La maniobra era poco exitosa. Al demostrarse la incapacidad de España de responder a sus expectativas, y desgastados por dos décadas de lucha permanente, los grandes propietarios se entregaron, en 1822, al régimen de los mulatos que se había afianzado en la parte occidental de la isla. Los nuevos amos de la antigua Saint-Domingue abolieron la esclavitud colonial pero sólo para remplazarla por su propio sistema de explotación. Cuando la República mulata de Haití se desmoronaba a su vez bajo la presión de las mayorías negras, los propietarios de Santo Domingo hicieron secesión. Con el apoyo decisivo de las potencias europeas se constituyeron, en 1844, en la República Dominicana.

La nueva fórmula no terminaba de cuajar y pronto, los gobiernos hispanos empezaban a negociar la anexión directa a uno de los países patrocinadores del divorcio del mulatismo haitiano. Una vez más, la coyuntura era propicia para una reedición de la Idea del valor de la isla Española. En 1853, probablemente a raíz de la visita de una comisión exploradora española el año anterior, el partido de los españolistas publicó la memoria sanchezvalverdeana por segunda vez en Santo Domingo. Siete años después se consumió la anexión a España.

A partir de 1863, y ante el creciente cuestionamiento del régimen, el gobierno colonial empezó una tercera reedición de la memoria del siglo XVIII, con tal de asegurar su máxima divulgación por entregas, en la Gaceta de Santo Domingo.<sup>47</sup>

47 Cassá (2000), 30; Sánchez Valverde (1988), 41.

## El imaginario sanchezvalverdeano y la dominicanidad I

La recolonización era tan poco duradera como la independencia que la había precedido: desde 1865, los grandes propietarios de Santo Domingo se constituyeron una vez más en una República formalmente soberana. Nunca habían tenido empacho en aliarse con quien fuera. Cada vez que se encargaban directamente de la administración del territorio, sin embargo, impulsaban desde el poder el doble mito del carácter inconfundiblemente hispano de la población, y de la República Dominicana como heredera legítima de la colonia española de Santo Domingo, para aglomerar las mayorías entorno a sus intereses. Los intelectuales de la República no tardaron en descubrir la utilidad del imaginario hispanista.

Pedro Francisco Bonó era quizás el primero en contraponer la imagen sanchezvalverdeana del colono hispano con la del ogro haitiano, esta última estilizada en la obra del hispano exiliado Antonio Del Monte y Tejada. En el ensayo *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* (1881) Bonó sostenía que “el español aportó suma benevolencia, gran caridad y mucha dulzura, en las desigualdades sociales que tal sistema imponía.”<sup>48</sup> A esta “tolerancia” del español que “niveló las condiciones” conduciendo incluso a relaciones de “igualdad relativa” entre amos y esclavos, el sociólogo cibaëño oponía el “odioso régimen de la esclavitud” en la colonia francesa.

La tolerancia hispana, escribía, “hace posible la República Dominicana en frente de su vecina la Haitiana, en todos tiempos, y... le da una superioridad moral que la historia manifiesta.” Dando por supuesta la continuidad entre la colonia de Santo Domingo y la República Dominicana, Bonó tendía a sus lectores versiones reajustadas de los espejos sanchezvalverdeanos del francés y del negro, pero reproducía fielmente sus estampas de la sociedad criolla. Omitía, por cierto, señalar la fuente de sus conocimientos sobre la última.<sup>49</sup>

48 Bonó (1980), 219.

49 Antonio Sánchez Valverde, M. L. Moreau de Saint-Méry (1976) y Antonio del Monte y Tejada (1953), eran las obras clásicas en que un dominicano del siglo XIX podía informarse sobre la historia colonial del territorio.

De otra forma, un lector curioso hubiera podido darse cuenta que los mismos españoles que supuestamente “hicieron del esclavo un miembro de la familia” soñaban con copiar “el odioso régimen de la esclavitud” de los franceses y que el discurso de los liberales sobre la idiosincrasia hispana no era más que ficción.

En la misma línea, Ramón Marrero Aristy argumentaría más de medio siglo después de Bonó. En *La República Dominicana: Orígenes y destino del pueblo cristiano más antiguo de América* (1957), afirmó que durante la colonia “el negro y el mestizo dominicanos... se consideraban justamente españoles fuese mucha, poca o ninguna la sangre hispana que corriese por sus venas por el hecho principal de haber nacido españoles y de haber asimilado la lengua, la religión y las costumbres de España”.<sup>50</sup>

A diferencia de Bonó, Marrero Aristy no ignoraba que Sánchez Valverde abogara por un manejo más rígido de la esclavitud: según él una prueba más de que “la libertad de que disfrutaban los esclavos dominicanos y la tolerancia con que se les trataba” no eran nada ficticios. Para enaltecer más la grandeza hispana, la contrastaba, siguiendo, ahora sí, la tradición hispanista del siglo XIX, con el carácter salvaje del ogro haitiano. Mientras los hispanos nacieron y eran “criados dentro de los elevados principios de la Iglesia Católica”, “Toussaint y su pueblo... emergían de una noche de ignorancia, odio y brutalidad, en la que los peores instintos del hombre primitivo no habían sido domeñados [sic].”<sup>51</sup>

## El imaginario sanchezvalverdeano y la dominicanidad II

Para Sánchez Valverde y los hispanistas que retomaban su imaginario, había una continuidad entre la cultura metropolitana y la isleña: La “patria” nació en el momento en que los conquistadores fundaron las primeras colonias en el territorio. No querían “pensar históricamente” (Pierre Vilar) sino, a la manera de los antropólogos, pintar el cuadro del carácter de un pueblo. Incluso Marrero Aristy, el más innovativo de todos, afirmaba en La

50 Marrero Aristy (1957), I, 206. Respecto al hispanismo de Marrero Aristy, véase también Cassá (1999), 204-205.

51 Marrero Aristy (1957), I, 205.

República Dominicana de una manera tajante: “La formación del núcleo humano que integra el pueblo dominicano parte de los mismos albores del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Las líneas de este libro resumen algunos de los episodios más sobresalientes de la existencia de este pueblo... con el propósito de que el lector pueda adquirir una idea general de lo que han sido y son la tierra y el pueblo dominicano”.<sup>52</sup> A partir de mediados del siglo XX, los intelectuales dominicanos que adoptaban los lineamientos y el lenguaje del materialismo histórico, y se consideraban por eso marxistas, venían cuestionando esta visión ahistórica de una nación hispana sempiterna que hubiera llegada en las carabelas de Colón a las Antillas.

Reinventaron la hispanidad dominicana como un fenómeno histórico que empezó a plasmarse, al igual que los nacionalismos europeos, en el siglo XVIII: el momento preciso en que escribía Sánchez Valverde. De allí al ensalzamiento de la *Idea del valor de la isla Española* como cuna de la nación dominicana, sólo había un paso.

El más destacado seguidor dominicano de los lineamientos del materialismo histórico es, no cabe duda, Roberto Cassá. El concepto básico en su análisis de los orígenes de la nación dominicana es el “conglomerado”: un “grupo poblacional íntegro que comienza a forjar un sentido de identidad diferenciada, basada en la ocupación de un territorio y en rasgos culturales compartidos, sin que exprese la reivindicación de la autodeterminación”.<sup>53</sup>

El conglomerado designa entonces algo así como un estadio primitivo de la nación. Hasta las últimas décadas del siglo XVI -así para el sociólogo Cassá- la institución de la esclavitud y los estrechos lazos comerciales con la metrópoli impedían la plasmación de tal conglomerado en Santo Domingo.

En la situación de abatimiento económico y de pobreza supuestamente generalizada del siglo XVII, sin embargo, se relaja-

<sup>52</sup> Marrero Arísty (1957), I, 7.

<sup>53</sup> Cassá (1992), 69.

ron las relaciones con la península y “se acercaron los patrones de vida de libres y esclavos, especialmente en zonas rurales, donde a menudo cooperaban en las mismas labores.”<sup>54</sup> Así, “la esclavitud intensiva” o “típica” que se practicaba en los ingenios del siglo XVI “se dulcificaba”, matizándose “por el patriarcalismo más completo.”<sup>55</sup> Por consiguiente, “la lucha de clases se redujo a una expresión atenuada” y los mismos esclavos percibían la esclavitud patriarcal de la parte española como “benigna”: eso, por lo menos, “cuando tenían nociones del sistema de plantación en la colonia vecina.”<sup>56</sup> Las estampas de Sánchez Valverde ilustran el idilio del hispanismo colonial, su persona y su proyecto el creciente distanciamiento entre los grandes propietarios de la colonia y la metrópoli.

Para Cassá, Sánchez Valverde es el “intelectual del criollismo” y la obra “la expresión de la toma de conciencia de los intereses particulares de un sector de la clase esclavista, tanto por oposición a la metrópoli como a la mayoría del pueblo”. Con todo, relativiza, el clérigo no pretendía contraponer la colonia con la metrópoli sino resaltar “la compatibilidad de intereses entre esta y la posesión antillana”.<sup>57</sup>

En resumidas cuentas, la fusión de los diferentes grupos que integraban la sociedad local y el distanciamiento entre los grandes colonos y la metrópoli a partir del siglo XVII habrían creado en la época de nuestro clérigo un terreno propicio para que los habitantes de la colonia se concibieran como un grupo coherente con intereses comunes.

---

54 Cassá (2003), I,221.

55 Cassá (1992), 87.91; (2003), 259. El capítulo El hato ganadero y los fundamentos del campesinado de Cassá (2003), 255-68, recoge, como el autor confirma repetidamente, el imaginario de la Idea del valor de la Isla Española.

56 Cassá (1976), I, 135; (1992),95. Al referirse al poco entusiasmo que la política de Toussaint despertaba entre los negros de Santo Domingo, Cassá habla incluso de la identificación entre amos y esclavos. Estos “estaban tan sumamente identificados con sus amos, a causa de la esclavitud patriarcal-feudal y del gran peso de la esclavitud doméstica, que muchos se resistieron a pasar a otra condición social como se disponía de acuerdo a las medidas de Toussaint, por los que debían pasar a ser cultivadores de las plantaciones”. Véase Cassá (1976), 196.

57 Cassá (2000), 38. 41.

Cassá comparte con Sánchez Valverde, Bonó y Marrero Aristy la idea de un pueblo criollo biológicamente mestizo pero culturalmente hispano. También mantiene la visión teleológica de los historiadores republicanos de los siglos XIX y XX. Según Cassá, la República Dominicana no es, como sostenemos nosotros, el *engendro de la política de los grandes propietarios del siglo XIX* sino el fruto *obligado* del *desarrollo* del núcleo humano que se constituyó poco antes de 1500 en la isla de Haití.<sup>58</sup> Ahora bien, y aquí radica el carácter innovativo del discurso de nuestro autor, más allá de esta continuidad hay una historia, una *evolución*, por muy predeterminada que esa fuera. Cassá entiende la *Idea del valor de la Isla Española* como testimonio de una etapa en la indetenible marcha del pueblo de Santo Domingo de la colonia esclavista a la república de ciudadanos: Sánchez Valverde y sus coetáneos aun no son “dominicanos” sino “protodominicanos”.<sup>59</sup>

En la medida en que el “patriarcalismo” que, según el autor, caracteriza la sociedad del siglo XVIII, se confunde con el “feudalismo”, la construcción permite salvar la secuencia de los cinco estadios obligados de la historia marxista-leninista y entregarle a la nación dominicana una historia completa y dogmáticamente correcta. Apadrinado por Antonio Sánchez Valverde, el estado hispano de la isla Española toma definitivamente asiento en la *comunidad internacional*, previsto de una idiosincrasia y – en la medida en que satisface los criterios del materialismo histórico – una historia *científicamente comprobadas*.

Cassá asume, como Bonó y Marrero Aristy, la visión de arriba, de la sociedad colonial, que proporciona Sánchez Valverde. El término “patriarcalismo”, con que caracteriza las relaciones entre el esclavo y su amo sugiere calor humano y benevolencia; el concepto del “negro protodominicano”, por su parte, sugiere una respuesta positiva del esclavo a la estrategia del amo: interpretaciones que no cuadran ni con el propósito de la *Idea del valor de la isla Española* ni con la información que proporcionan las actas de venta de esclavos y los expedientes judiciales de los archivos

---

58 Cassá (1992), 69.

59 Cassá (1992), 93-94.

notariales de la época.<sup>60</sup>

El imaginario de Cassá cobra sentido, empero, si lo analizamos sobre el fondo del objetivo último de sus estudios: glorificar el patriotismo como uno de esos valores “que son comúnmente aceptados como patrimonio de la colectividad y sobre los cuales hay escasa controversia”.<sup>61</sup> El sociólogo identifica el patriotismo con el hispanismo y legitima las estructuras sociales reales de la República del siglo XXI como herencia de un pasado colonial idealizado.

## Conclusión

En su momento, la obra de Sánchez Valverde no trascendía mucho. Su credo hispanista fue recuperado más adelante por los colonialistas trasnochados y los liberales del siglo XIX, pero en un mundo en que el estado era débil y la lectura privilegio de pocos, la recepción quedaba circunscrita al estrecho círculo de la intelligentsia local. En el siglo XX, sin embargo, el sistema estatal de educación permitía que el imaginario de la Idea del valor de la isla Española penetrara grupos mucho más amplios de la sociedad dominicana. Pocos de sus coetáneos habrán leído los artículos de Bonó.

La lujosa edición de *La República Dominicana* con que el presidente Rafael L. Trujillo agasajó en 1958 a uno de sus pensadores predilectos, empero, constaba de varios miles de ejemplares, entró en muchas bibliotecas familiares y, más importante aún, se distribuyó a todas las bibliotecas públicas del país. La *Historia económica y social de la República Dominicana* de Roberto Cassá, por fin, es, desde los años 1980, el manual de historia más difundido en la educación superior del país y ejerce como tal una influencia considerable sobre amplios grupos de profesionales.<sup>62</sup>

---

60 Para el concepto del “negro protodominicano”, véase Cassá (1992), 94. Respecto a las relaciones reales entre amos y esclavos en el siglo XVIII, Widmer (2004).

61 Cassá (1996), 21.

62 Estas observaciones sobre la difusión de las ideas de Sánchez Valverde deben mucho a una conversación con Franklin Franco Pichardo, 11.4.2005.

El imaginario hispanista llevó a los colonialistas españoles del siglo XIX a publicar y republicar la *Idea del valor de la isla Española*. Más adelante, los ideólogos de la República utilizaron las estampas sanchezvalverdeanas en su desesperado intento por suscitar una nación dominicana. Independientemente de si en algún momento lograron o no su objetivo, consta que la doctrina hispanista tiene una vigencia fuerte en la realidad de la sociedad dominicana del siglo XXI.

No cuesta nada entender la relación entre la divulgación de un patriotismo fundamentado en la imagen deformada y deformante de la sociedad colonial, como idilio patriarcal, y la actualidad del país: la eliminación de políticos poco confiables a los ojos de los grandes propietarios - José Francisco Peña Gómez en 1996 - o la marginación de los cientos de miles de dominicanos negros e inmigrantes haitianos, cuya explotación convierte la construcción y la agricultura en suculentos negocios.

Desmitificar la construcción historiográfica de la imagen del hispano no urge porque habría que hacer justicia al pasado, sino porque hay que darles a los *otros*, que son nuestros hermanos, los instrumentos para que se liberen a sí mismos - y a través de sí a nosotros - de la cárcel para todos en que hemos convertido la historia.

## Bibliografía

Baud Michiel, "Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad nacional dominicana", en: González Raymundo et al., *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*, Santo Domingo, Academia de Ciencias de República Dominicana, 1999, 153-179.

Bonó Pedro Francisco, *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* (1881), en: Rodríguez Demorizi Emilio, *Papeles de Bonó*, Barcelona, M. Pareja 1980, 190-244.

Bosch Juan, *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1999.

Casimir Jean, *La suppression de la culture africaine dans l'histoire d'Haïti*, en : *Socio-Anthropologie* no 8, édition électronique.

Cassá Roberto, *Historia social y económica de la República Dominicana*, Santo Domingo, Tomo I, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1977.

Cassá Roberto, “Un permanente guerrillero. El pensamiento social de Ramón Marrero Aristy (1913-59)”, en: González Raymundo et al., *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*, Santo Domingo, Academia de Ciencias de República Dominicana, 1999, 153-179.

Cassá Roberto, *Antonio Sánchez Valverde. Intelectual del criollismo*, Santo Domingo, Alfa & Omega, 2000.

Cassá Roberto, *Historia social y económica de la República Dominicana*. Edición corregida y aumentada, Santo Domingo, Alfa y Omega, 2003.

Cassá Roberto, Rodríguez Genaro, “Algunos procesos formativos de la identidad nacional dominicana”, en: *Estudios Sociales* 25 (1997), nº 88, 67-99.

Cordero Michel Emilio, *La revolución haitiana y Santo Domingo*, Santo Domingo, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Universidad Abierta para Adultos (UAPA), 2000.

Del Monte y Tejada Antonio, *Historia de Santo Domingo* (1853), Biblioteca Dominicana, Ciudad Trujillo 1953.

Díaz Soler L. M., *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (1953), Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1981.

Esteban Deive Carlos, *Los refugiados franceses en Santo Domingo (1789-1801)*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1984.

Fontana Josep, *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 2000.

Franco Pichardo Franklin, *Sobre racismo y antihaitianismo (y otros ensayos)*, Santo Domingo, Impresora Vidal, 1996.

Franco Pichardo Franklin, *El pensamiento dominicano, 1780-1940*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2001.

Franco Pichardo Franklin, *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 2002.

Freyre Gilberto, *Casa grande e senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal*, Rio de Janeiro, Maia & Schmitt, 1933.

González Raymundo, "El Comegente, una rebelión campesina al final del período colonial", en: *Homenaje a Emilio Cordero Michel*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2004, 175-224.

Guha Ranahit, "Las voces de la historia", en: Guha Ranahit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, 17-32.

Marrero Aristy Ramón, *La República Dominicana. Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1957.

Montesquieu Charles-Louis de Secondat, *De l'esprit des lois*, Édition électronique réalisée par Jean-Marie Tremblay, Université du Québec à Chicoutimi, site [www.uqac.quebec.ca/zone\\_30/Classiques des sciences sociales/index.html](http://www.uqac.quebec.ca/zone_30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html).

Moreau de Saint-Méry M. L., *Descripción de la parte española de Santo Domingo*, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, 1976.

Moya Pons Frank, *Manual de Historia Dominicana*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1977.

Peña Batlle Arturo Manuel, *Ensayos históricos*, Compilación y presentación Juan Daniel Balcácer, Santo Domingo, Taller, 1989.

Pérez de la Cruz Rosa Elena, *Historia de las ideas filosóficas en Santo Domingo durante el siglo XVIII*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Rodríguez Demorizi Emilio, *Relaciones históricas de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1942.

Rossi Máximo, *Ensayística ilustrada criolla. Obras completas de Antonio Sánchez Valverde (1729-90)*, Santo Domingo, Editora UNEV, 2000.

Rossi Máximo, *Praxis, historia y filosofía en el siglo XVIII: Textos de Antonio Sánchez Valverde (1729-90)*, Santo Domingo, Ediciones Taller, 1994.

Sánchez Valverde Antonio, "Idea del valor de la Isla Española", en: Sánchez Valverde Antonio, *Ensayos*. Prólogo de Fray Cipriano de Utrera, Notas del autor, de Emilio Rodríguez Demorizi y de Fray Cipriano Utrera, Santo Domingo, Ediciones de la Fundación Corripio, 1988, 47-304.

Soulastre Dorvo, "Viaje por tierra de Santo Domingo a Cabo Haitiano", en: Rodríguez Demorizi Emilio, *La era de Francia en Santo Domingo. Contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, 51-107.

Widmer S. Rudolf, *La propiedad en entredicho. Una historia documental de Higüey, siglos XVII-XIX*, Santo Domingo, Manatí, 2004.

